

ojs.uv.es/index.php/qdfed

Rebut: 14.05.2024. Acceptat: 19.09.2024

Per a citar aquest article: Larraz, Fernando. 2024. "Novelas intervenidas por la censura. Las versiones de *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé". *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris* XXIX: 67-82.

doi: 10.7203/qdfed.29.28728



Novelas intervenidas por la censura. Las versiones de *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé

Novels intervened by the censors. The versions of *Últimas tardes con Teresa*, by Juan Marsé

FERNANDO LARRAZ
Universidad de Alcalá
fernando.larraz@uah.es

Resumen: Este trabajo explica y valora las variaciones entre dos versiones del texto de la novela *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé: la que el autor entregó como definitiva al Premio Biblioteca Breve en 1965 y la que finalmente fue publicada, después de la intervención de la censura editorial, un año después. En nuestro análisis nos servimos del ejemplar manuscrito a máquina que se conserva en el expediente de censura del Archivo General de la Administración. El cotejo de ambas versiones y el resto de la documentación incluida en el expediente nos permiten valorar críticamente el alcance de la intervención de la censura franquista sobre las letras españolas y las interferencias que este hecho tuvo sobre la interpretación y la recepción de los textos.

Palabras clave: tachaduras; Robles Piquer; Biblioteca Breve; represión.

Abstract: This paper explains and evaluates the variations between two versions of the text of the novel *Últimas tardes con Teresa*, by Juan Marsé: the one which the author submitted as definitive for the Biblioteca Breve Prize in 1965 and the one that was finally published after the intervention of censorship, a year later. In our analysis, we have used the typewritten manuscript copy included in the censorship file in the Archivo General de la Administración. The comparison of both versions and the rest of the documentation included in the file allows us to critically assess the extent of the intervention of Francoist's censorship on Spanish literature and the interference that it had on the interpretation and reception of the texts.

Keywords: erasures; Robles Piquer; Biblioteca Breve; repression.

1. El caso de *Últimas tardes con Teresa*. Claves y preguntas

En abril de 2016 se publicó la –hasta ahora– penúltima edición en español de *Últimas tardes con Teresa*, del escritor catalán Juan Marsé. Se trata de una edición conmemorativa con ocasión del quincuagésimo aniversario de la primera edición de la novela, en 1966. Con tal motivo, la editorial Seix Barral incorporó en el volumen un breve prólogo de Pere Gimferrer escrito para la ocasión; el texto “Los años épicos de los señoritos de izquierda”, artículo que Manuel Vázquez Montalbán escribió sobre la novela en 1985 bajo el título, entonces, de “Volver a leer *Últimas tardes con Teresa*. Los años épicos de una izquierda señorita”; y la “Nota a la séptima edición”, fechada en febrero de 1975, del propio Marsé. Además, la edición contaba con un epílogo titulado “*Últimas tardes con Teresa* y la censura”, que incluía la reproducción de algunos de los documentos de los que constaba el expediente, anteceditos por un breve texto sin firma.

Este último texto describía someramente esos documentos y reproducía fragmentos del relato que el propio Marsé había hecho sobre las vicisitudes del proceso censorio de su texto. El escritor exponía su experiencia con la censura con un tono anecdótico y trivial. En aquellas páginas, presumía de haber decidido no acatar muchas de las supresiones que se sugirieron, “ya que era evidente que no iban a tomarse la molestia de leerse las correcciones”, y reconocía que le había sorprendido que no intervinieran de forma tajante los pasajes más políticos del texto, “limitándose a consideraciones de orden moral y sexual” (Sin firma, 2016: 460). En 2019, las investigadoras Cristina Suárez Toledano y María Álvarez Villalobos preguntaban al escritor por qué nunca había revisado en las ediciones posteriores de *Últimas tardes con Teresa* los cortes y cambios debidos al lápiz de los censores y Marsé respondía lo siguiente: “No veo la necesidad. Nunca tuve que suprimir nada importante, ni para la trama ni para el lenguaje” (en Álvarez Villalobos & Suárez Toledano, 2019).

La crítica ha dado por buenos estos testimonios, según los cuales, si bien la novela tuvo un pase tortuoso por la censura, esta apenas interfirió en el texto final. Un artículo de 2010 de Ana Rodríguez Fischer titulado “Juan Marsé y la censura franquista” hace un relato repleto de imprecisiones del proceso censorio de *Últimas tardes con Teresa* a partir de la lectura del expediente. En él, se registra una reunión de Marsé con el director general de Información, Carlos Robles Piquer, para hablar de cómo debía quedar la novela. Rodríguez Fischer concluye lo siguiente:

Juan Marsé conserva muy buen recuerdo de aquella entrevista, que se desarrolló en un clima cordial, y dio pie a alguna anécdota simpática que el escritor barcelonés ha contado en alguna ocasión, con una gracia y un encanto que no puedo yo reproducir aquí. En general, las modificaciones fueron menores y se limitaron mayormente a cambiar pechos por senos y otras cosas parecidas (2010: 131).

En sentido análogo, el biógrafo de Marsé Josep Maria Cuenca (2015: 290-294) despacha el asunto transcribiendo la documentación del expediente (que cita a partir del artículo de Rodríguez Fischer, lo que hace pensar que no consultó los fondos del Archivo General de la Administración), pero concluye, con satisfacción, que la novela fue aceptada gracias a la intervención magnánima de Robles Piquer. Y, más recientemente, en un artículo titulado “Creación literaria, crítica social y censura bajo el franquismo: el caso de *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé”, Maria Alessandra Giovannini da también por cierto lo dicho por Marsé:

Es preciso subrayar que, a pesar de los problemas que el escritor tuvo, una y otra vez, para ver publicadas sus novelas durante el franquismo –y algunos años después–, los cambios impuestos a su obra a causa de los informes censorios nunca fueron vistos por el autor como sustanciales (2022: 89).

Los trabajos de Cuenca y, sobre todo, de Rodríguez Fischer y Giovannini son ejemplos de una forma muy cuestionable de trabajar con los materiales de censura custodiados en el Archivo General de la Administración, que consiste en transcribir y parafrasear informes, notificaciones y cartas sin hacerse preguntas que permitan analizar críticamente la significación de esos materiales. Resulta sorprendente al leer estos artículos que las dos investigadoras hayan otorgado tanta importancia a las opiniones de un censor desinformado que propone la denegación del permiso de publicación de la novela y cuyo criterio fue desoído gracias a la liberalidad de su superior y, sin embargo, no se hayan planteado las dos cuestiones clave del caso: una, ¿cómo valorar que un escritor damnificado por la represión cultural y crítico con el sistema político, económico y social llegara a establecer una relación personal tan estrecha con un alto cargo político responsable directo del aparato de censura?; y, dos, ¿qué modificaciones implicaron las intervenciones de los censores y hasta qué punto alteraron el sentido general del texto? Al respecto de esta segunda pregunta, aun siendo muy valiosa toda la documentación del expediente –pues los registros resultan muy significativos tanto de una tipología de actitud de los escritores ante sus vigilantes como del carácter oportunista que la

censura había adquirido en los años sesenta, en vísperas de la promulgación de la nueva ley—, indudablemente el material más relevante es el manuscrito original a máquina íntegro de *Últimas tardes con Teresa* con las llamadas del censor y las correcciones autógrafas del autor, pues permite cotejarlo con el texto que fue publicándose a lo largo de la vida del autor.

2. La información del expediente

Aunque ya se ha explicado en varias ocasiones el proceso de censura de la novela, haré aquí un breve resumen, que tomo de mi libro *Letricidio español* (Larraz, 2014: 313-317). Marsé presentó su novela a la Sección de Inspección de Libros en noviembre de 1965 y fue rápidamente denegada a causa de un primer informe que concluía que

la novela presenta numerosas escenas escabrosas siendo el fondo de la misma francamente inmoral; en el argumento se hacen numerosas referencias políticas de carácter izquierdista con alusión a las algaradas estudiantiles que tuvieron lugar en la Universidad de Barcelona glorificando sus acciones, por otra parte, en diversas ocasiones se abordan luchas de tipo clasista, todo lo cual hace que reprobemos la totalidad del libro¹.

El informe pone de manifiesto la incapacidad de los lectores del servicio de censura —en ocasiones como esta, absoluta— para percibir la ironía más evidente: Marsé no solo no glorifica las luchas de estudiantes, sino que las somete a una crítica nada piadosa.

La denegación no satisfizo a Marsé, como era de esperar, y sin dilación se dirigió directamente al director general Robles Piquer, el 24 de diciembre de 1965, para expresarle su preocupación. Su carta tiene un tono contemporizador que roza el servilismo. La coartada del premio Biblioteca Breve —al que se había presentado y que había ganado mientras la novela pasaba por los trámites de censura— opera como sutil elemento de presión. “Me hallo en una situación comprometida respecto a la Editorial patrocinadora del Premio, y considero el futuro de mi carrera literaria con cierta inquietud”, escribe, seguramente orientado por su editor, Carlos Barral. Y a continuación ofrece pulir él mismo el libro para salir del escollo:

¹ Toda la documentación de archivo aquí recogida se refiere al expediente 8070/65, conservado en el fondo de Cultura - Censura editorial del Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), signatura 03 (50) 21/16742.

creo sinceramente –y conmigo lo creen también los miembros del jurado que votaron mi novela– que deben ser modificados e incluso suprimidos varios pasajes de la obra, porque no se ajustan exactamente al espíritu de la misma, y teniendo en cuenta que ignoro las causas por las cuales el Departamento que de Vd. depende consideró oportuno no conceder permiso de publicación, pues el original que me ha sido devuelto no presentaba ningún subrayado, me dirijo a Vd. para suplicarle se digne concederme una entrevista y establecer un diálogo que sería muy beneficioso para mí y me orientaría mejor sobre los cambios o supresiones que estoy seguro necesita la obra.

Para reblandecer la intransigencia del político, Marsé incluso hace una declaración de buenas intenciones políticas:

Me veo obligado en la novela, de manera indirecta, a hacer la crítica de aquellas locas ideas que llevaron a muchos –como algunos personajes que rozan mis páginas– a tomar actitudes confusas y a menudo descabelladas. En el caso de personajes tales, mi relato intenta poner de manifiesto la distancia que había entre los naturales impulsos de rebeldía juvenil y el peligro de que fueran malévolamente utilizados por los intereses y los resentimientos políticos. Pero estimo que mi crítica en nada se aparta de los principios del orden y del equilibrio de la nueva sociedad española, y si he de ser sincero no consigo imaginar por qué ha podido chocar al lector.

Robles Piquer se tomó con especial interés el asunto. Cuando recibió la carta de Marsé informó al ministro Manuel Fraga Iribarne de su contenido y de que en la novela, a juzgar por el rápido vistazo que le había echado, solo veía algunos problemas en el hecho de que mostrara con demasiados datos la difusión del izquierdismo en la universidad, así como en alguna crudeza expresiva. Esto muestra una de las constantes más notorias de la censura franquista: el tabú. Existía la consigna de proscribir las realidades de oposición al régimen (maquis, exilio, partidos clandestinos...) incluso cuando se las criticara. Sin embargo, en el caso de *Últimas tardes con Teresa*, estas infracciones eran consideradas veniales y subsanables por el director general. Robles Piquer daba al ministro –que era también su cuñado– algunas razones por las que la novela debería permitirse:

La novela tiene indudable calidad literaria en la línea del “nouveau roman”, tan de moda hoy y que, por cierto, tiene generalmente poco éxito entre los lectores. Una de las razones por las que creo que la novela debería autorizarse es la de que está escrita en castellano, cosa que me parece importante cuando tantos catalanes se inclinan hacia su lengua vernácula. En el aspecto propiamente regional, la novela muestra, por ausencia, la poca importancia

real del catalanismo, y en este sentido también la considero constructiva. Por otra parte, me parece cierto que contiene una crítica indirecta de la agitación universitaria a que antes me he referido.

Pese a estas manifestaciones favorables, Robles Piquer no debía de estar seguro del todo sobre estas bondades políticas de la novela, pues el manuscrito fue enviado, a sugerencia suya, a una instancia de supervisión superior, el Gabinete de Enlace, un organismo interministerial de vigilancia e información que había creado el propio Fraga. Desde allí, enviaron un informe de lectura que confirmaba lo dicho por el censor y que añadía información personal sobre el autor: “es considerado como de tendencias marxistas, y su firma figura en las cartas colectivas enviadas al Sr. Ministro de Información y Turismo en los meses de julio, septiembre y noviembre de 1963. Aunque desde entonces no constan más actividades negativas”. En efecto, Marsé se había distanciado de grupos de acción política a raíz de negativas experiencias personales vividas cuando residía en París. La personalidad política del escritor es reflejo del texto: en ambos casos, hay un fondo de rebeldía y de crítica matizadas por un cínico desencanto. Esta ambigüedad podía representar un capital aprovechable por el sistema. Aquella conclusión fue tal vez la causa que movió a Robles Piquer a conceder la entrevista solicitada, que se celebró el 1 de febrero de 1966. De ella salió, al parecer, un acuerdo entre ambos que consistía en una reescritura en profundidad de no pocas partes de la novela, en respuesta a la voluntad expresada por Marsé en su carta.

Un mes después de la reunión entre Robles Piquer y Marsé, el 1 de marzo, llegaba al Servicio de Inspección la nueva versión de la novela. En ella, se pueden constatar varias correcciones. Si Marsé había escrito con bastante ingenuidad la primera versión, esta segunda está redactada ya con la cautela del autocensor. La censura oficiosa y personalizada que le habían dispensado, a diferencia de los habituales procesos burocráticos y anónimos, tenía la ventaja de que cuando una tachadura estropeaba la narración, el autor había podido reescribir todo un pasaje y darle otro significado sin incurrir en incoherencias y sin arrebatarle todo sentido a la trama, como ocurre con otras obras expurgadas que no son sometidas a la reescritura.

3. Un texto alterado, ¿otro texto? Cambios y tachaduras

El proceso de censura de *Últimas tardes con Teresa* es un ejemplo paradigmático de las sutiles intervenciones del órgano represor para modificar levemente

significados heterodoxos. Muestra la habilidad de un sistema de represión cultural que, dirigido por el ministro Fraga Iribarne y el director general Robles Piquer, ya no está tan preocupado por ejercer una vigilancia de trazo grueso y terminante, sino por introducir en las prácticas censorias matices que alteraban la heterodoxia de determinados textos en interés de los discursos oficiales. El fin de la censura había dejado de ser la mera negación del adversario y de sus razones. Ahora, en el contexto político de la tecnocracia, el turismo, las conversaciones con la Comunidad Europea, la Ley de Prensa e Imprenta y los Veinticinco años de Paz, la represión cultural sobre los textos publicables asumía una intencionalidad más útil: su manipulación y su incorporación interesada al sistema para difundir la idea de que en España no existía represión cultural, sino colaboración fluida entre el Estado y la intelectualidad.

Aunque, como ya he dicho, lo que más ha llamado la atención del expediente de *Últimas tardes con Teresa* han sido los informes de los censores y la correspondencia entre el autor y las autoridades, sin duda lo más relevante desde un punto de vista filológico es el manuscrito de la novela, en el que se aprecian las marcas en lápiz rojo (rayas al margen o paréntesis) de los censores o tal vez del propio Robles Piquer, que al parecer leyó con detenimiento la novela. También figuran las tachaduras y anotaciones de nuevos fragmentos introducidos por Marsé en bolígrafo o rotulador rojo (y, a veces, azul). Algunas de estas elisiones o cambios, las que tienen la marca en el margen, responden a las llamadas del censor; otros, en cambio, son revisiones de última hora que hizo el autor para depurar el texto, sin que existiera indicación alguna del censor. Son, por ejemplo, los reiterados cambios de Pijoaparte por Manolo para referirse al protagonista, o la elisión de Carabanchel para nombrar la cárcel a la que va Luis Trías, seguramente para disimular un poco la identificación del personaje con Luis Goytisolo, que efectivamente estuvo preso allí.

Un repaso de las variantes que Marsé se vio obligado a introducir en su novela por indicación de Robles Piquer resulta muy ilustrativo para comprender de qué manera la censura intervino en la comunicación literaria en España durante la dictadura y, más concretamente, en este periodo terminal del régimen. Cierto es que una mayoría de las modificaciones tienen que ver con la atenuación de expresiones consideradas obscenas, si bien, en muchos casos, lo político, lo religioso y la moral sexual están íntimamente relacionados, pues uno de los temas centrales de la novela es la represión y la impericia sexual de toda una generación a causa de la moral nacionalcatólica. Cierto es también que Marsé se permitió el lujo de no cambiar –o de no cambiar más que levemente–

muchas de las observaciones de los censores al respecto. De hecho, son muchas más las indicaciones del censor que son obviadas por Marsé a medida que avanza la novela.

No pudiendo llevar a cabo un estudio exhaustivo de las muchas modificaciones que sí fueron atendidas por Marsé, me centraré en algunas muestras que resultan especialmente reveladoras. Un primer ejemplo lo encontramos en la página 18 del manuscrito, en la primera descripción que se hace del Monte Carmelo. Se corresponde con este fragmento de la versión publicada: “...reinaba la muerte y la desolación, el racionamiento semanal de los españoles, la miseria y el hambre” (Marsé, 1966: 24). Estas palabras no difieren apenas de tantas descripciones que cabe hallar en la novela social de los años cincuenta y sesenta. El matiz está en lo tachado en el manuscrito: “...**el miedo**, la miseria y el hambre, junto con **los primeros aniversarios de la Victoria**”². *Miedo y Victoria*, circunstancias políticas que acompañan a la precariedad material y la explican, desaparecen del libro editado finalmente por Seix Barral. Es un caso muy iluminador de las limitaciones a las que se había visto sometido el alcance crítico de la literatura social de la década anterior. La precariedad material había terminado por ser decible, siempre que no se apuntaran causas o contextos políticos concretos. Las denegaciones a las que algunas novelas sociales se enfrentaron en los primeros sesenta devienen, precisamente, de atribuir la miseria moral a la represión política, a la corrupción o al clasismo religioso. Por esas razones, no habían podido publicarse en España, entre 1960 y 1962, por ejemplo, *Los vencidos* y *El regreso de Boiras*, de Antonio Ferrer, *El capirote* y *De romería*, de Alfonso Grosso, *Año tras año*, de Armando López Salinas, *La isla*, de Juan Goytisolo, y *Estos son tus hermanos*, de Daniel Sueiro, y muchas otras, como *La mina*, de Armando López Salinas, habían salido con sustanciales tachaduras (Becerra Mayor, 2013: 80-83).

La versión publicada de *Últimas tardes con Teresa* atenúa también las críticas a la burguesía catalana y a su catalanismo postizo, un catalanismo morigerado, colaboracionista, católico, clasista, industrial y tradicionalista que era conveniente al régimen y que constituía uno de los objetivos a los que Marsé dirige su sátira. Un ejemplo, en la página 93 del manuscrito (en la edición impresa, Marsé, 1966: 80), narra el primer encuentro entre Teresa y Pijoaparte,

² En las citas de la novela, transcribiré en letra negrita los fragmentos que constan en el manuscrito conservado en el expediente de censura que fueron suprimidos o modificados en la versión publicada.

...sino como descarada manifestación de la personalidad, **un exceso de celo en la expresión de ese matiz con que el industrial catalán definió no solo su clase sino sobre y de manera especial su estado preferente del alma –solemne autoafirmación, beatitud; se muestra celebrante y casi litúrgico al regodearse en el ceceo que no le va al entregarse a una exaltación de las eses, sospechosas de separatismo de signo monserratino y burgués en otra par–**, Manolo, ajeno por completo a estas realidades que no se ven, solo intuyó que saber enfadarse convenientemente con la servidumbre es realmente una ciencia difícil e importante. Le pareció también que la hermosa rubia alardeaba de un extraño desprecio para consigo misma y para el obligado ejercicio del poder. **Pero esto, ellos –Manolo y Maruja– tampoco podían comprenderlo todavía: la vida aún no les había arrebatado nada, por la sencilla razón que nada les había dado, solo mucho después, con los años y muerta la ilusión, Manolo aprendería que en hombres como él, de su origen, el verdadero sentimiento de desahucio nace no tanto del temor a verse irremediamente desprovisto de poder como de la pérdida definitiva de aquella capacidad de sueños de poder.**

Otra muestra de clasismo elidida en la versión final de la novela la encontramos en la escena del entierro de Maruja. Cuando Oriol Serrat se acerca para dirigir unas palabras de pésame convencionales y vacías a Manolo, este, en la novela editada, reacciona así: “Manolo había dejado de oírle: sus ojos entornados pugnaban por retener una luz lejana” (Marsé, 1966: 300). Sin embargo, Marsé había añadido a continuación esta frase que, en vez de duelo, representa un arrebato de odio del murciano motivado por la discriminación que sufre a causa de su origen de clase y de geografía y que fue suprimida por el autor respondiendo a la indicación del censor: **“Estos cabrones de catalanes se creen muy listos, pensó, éste quiere hacer como que no soy más que el novio de la pobre marmota que acaba de enterrar y que por lo tanto no tenga ya nada que hacer aquí”**.

Una buena parte de las intervenciones censorias tiene que ver con alusiones directas a la realidad política del tiempo de la historia y, sobre todo, de las actividades de resistencia antifranquista. A ellas se refería el director general Robles Piquer cuando aludía a la inconveniencia de dar publicidad informativa a las acciones subversivas de la izquierda universitaria. El censor podía toda referencia a acciones y hechos concretos, reincidiendo en los vacíos informativos de la prensa que la novela realista se había propuesto paliar (Goytisolo, 1967). Como resultado, la novela ve menguado su valor documental e histórico. Un ejemplo claro de ello se produce cuando el narrador informa de lo siguiente:

En el mes de octubre de aquel año 1956 se produjeron en la Universidad de Barcelona algunos desórdenes y manifestaciones *entre el estudiantado* **por la libertad de Hungría que tuvieron conscientemente, por su carácter de doble filo, significación nacional**. De la destacada participación en tales hechos de Teresa Serrat y de [cierto] un íntimo amigo suyo, Luis Trías de Giral, estudiante de [Economías] economía, Manolo tuvo noticia, de una manera vaga e indirecta, a través de una conversación con la criada de los Serrat (Marsé, 1966: 82).

Igualmente, se vacía de concreción documental esta frase que está en la página 301 del manuscrito: “En febrero del 56, después de la suspensión del Congreso **de Escritores Jóvenes**, en Madrid, los ánimos **de los estudiantes** estaban excitados, hubo un choque, **entró la policía armada**, sonó un disparo, y un joven **llamado Miguel Álvarez** cayó al suelo gravemente herido”, sustituida por un texto más inconcreto, menos acusatorio y más aparentemente ficcional: “En febrero del 56, después de la suspensión de un Congreso de Estudiantes, en Madrid, los ánimos estaban excitados, hubo un choque, sonó un disparo, y un joven cayó al suelo gravemente herido” (Marsé, 1966: 234). El caso referido no es menor para la dictadura, cuyo aparato, presionado por el sector más duro del Sindicato Español Universitario, culpó de la herida de bala en la cabeza que sufrió el falangista Miguel Álvarez a los estudiantes de izquierdas. Así se pudieron justificar la represión que siguió y la asunción de medidas drásticas, que incluyeron la declaración del estado de excepción y la destitución del ministro de Educación Nacional y del rector de la Universidad de Madrid. Fue la crisis más grave que había sufrido la dictadura desde el final de la guerra y, por supuesto, un acontecimiento sobre el que se estableció un férreo control informativo³. En estos ejemplos, se percibe con claridad que uno de los objetivos de la intervención censoria sobre la novela fue descontextualizar su historia en la medida de lo posible, es decir, desvincularla de realidades precisas y verificables.

Marsé atenuó además algunas irreverencias religiosas y militares, pero muchas menos de las indicadas por el censor. Por ejemplo, el narrador describe así al padre de Teresa:

Un aire incierto de alférez provisional flotaba a veces en su rostro y le incluía por méritos estrictamente estéticos en este benemérito montón de pulcros y anónimos maduros, todos iguales, que se diría han querido eternizar su juve-

³ Entre otros muchos textos sobre los acontecimientos del invierno de 1956, véase la novela de Eva Forest *Febrero*, escrita en 1958 y no publicada hasta 2010.

nil adhesión a la victoria con el fino, coqueto, bien cuidado y escrupulosamente [curiosamente] recortado bigote ibérico (Marsé, 1966: 135).

El censor había señalado que debía eliminarse todo este párrafo, pero Marsé solo sustrajo unas palabras al comienzo del texto: “Un aire incierto de alférez provisional **inscrito en la Hermandad por íntimas razones morales...**”. Esta insubordinación fue tomada como ejemplo por Marsé para jactarse de que había desacatado las instrucciones de los censores y que, consecuentemente, los daños sufridos por la novela habían sido insustanciales: “Del papá Serrat, en la novela, describo ese bigotito que tanto tenía que ver con el régimen, el bigotito de alférez provisional. Robles Piquer me dijo que quitara eso de alférez provisional. No lo quité y nadie en censura leyó de nuevo el libro...” (en Cruz, 2005: 4).

Como ya se ha dicho, toda la novela otorga al erotismo de los protagonistas y a su deseo sexual una interpretación política que la censura atenuó. En la página 145 del manuscrito se lee que “Teresa Serrat era, y hay que decirlo con cierto respeto, una de estas calientes y vehementes universitarias que habían decidido un día que la chica que a partir de los veinte años es todavía virgen, o es una imbécil o es una neurótica carca”, pero en la novela publicada cambia a “Teresa Serrat era, y hay que decirlo en serio (‘sin asomo de burla’), una de aquellas determinadas (‘valientes’) y vehementes universitarias que algún día de aquellos años decidieron que la chica que a los veinte no sabe de varón, no sabrá nunca de nada” (Marsé, 1966: 119). En otra parte se tacha el pensamiento de Pijoaparte cuando está copulando con Teresa: “**joh, virgen politizada, quién pudiera morar en tu república!**”.

Son muchos más los pasajes cortos que desaparecieron por irreverentes. Por ejemplo, en “el ‘Trío Moreneta Boys’ interpretaba su gran éxito del momento, ‘**Plegaria a Macarona, letra y música de Jesús [sic] María Pemán, un fox creación ideal** para bailar a media luz”, todo lo marcado es sustituido por “un bolero” (Marsé, 1966: 256) o la mención a la supervivencia de un centro cultural obrero, que cambia de “**sobrevivió a la República apenas tres años**” a “desapareció con la República” (Marsé, 1966: 254).

4. El nuevo texto: repercusiones y recepción

Últimas tardes con Teresa no tuvo una acogida tranquila. Las secuelas que dejó el Premio Biblioteca Breve, con un jurado dividido entre los partidarios de la novela de Marsé y los de *La traición de Rita Hayworth*, de Manuel Puig –Josep

M. Castellet, Luis Goytisolo, Mario Vargas Llosa, Salvador Clotas, Juan García Hortelano, Carlos Barral– no jugaron en su favor (Marsé, 1990; Goytisolo, 1990).

La novela fue recibida con cierta indiferencia por la prensa española. Dámaso Santos, en *Pueblo*, la encomió y subrayó que “pretende demostrar –o mostrar– el espejismo de las actitudes juveniles de protesta” en las que “pueden más los apetitos que los ideales” (1966: 34). Guillermo Díaz-Plaja, en *ABC*, la consideró un ejemplo de neonaturalismo un tanto grueso y feísta, hasta el punto de que ni siquiera menciona por pudor el mal nombre del protagonista: “se nos aparece protagonizada por Manolo Reyes –cuyo malsonante apodo no copiaré–” (1966: 14). La reseña de Mario Vargas Llosa en *Ínsula* (1966) desentonó con su entusiasmo de la neutralidad valorativa predominante en la crítica del interior y supo apreciar su sarcasmo contra el idealismo juvenil de la disidencia universitaria⁴.

En contraste con la recepción dentro de España, la publicación de la novela suscitó una agria polémica entre la intelectualidad antifranquista del exterior. En una entrevista de 1990, Marsé recordaba que “*Últimas tardes con Teresa* provocó las iras de la izquierda, que la acusaba de decadente y de haber sido pactada con la censura para desprestigiar a los señoritos de izquierda” (en Mandueño, 1990: 4). En efecto, se filtró que la novela había sido revisada de acuerdo con las instrucciones de la censura, lo cual fue interpretado por sus detractores como un “pacto” con el poder franquista para que se incorporaran mensajes útiles para el Estado. Entre estas reseñas airadas a las que se refiere Marsé, destaca la de José Corrales Egea, que me parece muy elocuente:

Se trata de un libro osado y crudo; yo diría que increíblemente osado y crudo si tenemos en cuenta el extremo rigor con que, a este respecto, se ha venido utilizando el lápiz rojo contra nuestra novela, teatro y cine en los últimos cinco lustros. Por eso llega uno a preguntarse si este libro –tan generoso en lo que suele motejarse de indecencia, obscenidad, lubricidad, etc., etc.– no encerrará acaso alguna virtud o calidad lo suficientemente gratas a doña Censura y doña Decencia como para que ambas damas pasen por alto sus estremecimientos pudibundos y váyase lo comido por lo servido, que no hay dulzura sin amargu-

⁴ “No tuvo malas críticas. Un crítico muy importante de Barcelona hizo una reseña en la que se negaba, por motivos morales, a reproducir el nombre del protagonista: le parecía grosero Pi-joaparte. A *Últimas tardes...* se le atribuyó participar en la ruptura de la novela, junto a *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos” (Marsé en Cruz, 2006: 5). Esto recuerda Marsé en una entrevista de 2006. El primero de los comentarios se refiere a Díaz-Plaja; el segundo, probablemente, a Dámaso Santos y a Vargas Llosa.

ra... Y pensándolo con detenimiento creo que sí que hay un motivo o razón suficiente que contrapesa con creces la posible ofensa a las buenas costumbres, y esta razón hay que buscarla sin alguna en el fondo reaccionario de la novela en cuestión (1966: 109-110).

En su biografía de Marsé, Josep Maria Cuenca atribuye estas “contundentes acusaciones extraliterarias” (2015: 303) de Corrales Egea a un marxismo exacerbado contrariado por un texto que era, cuando menos, de un izquierdismo heterodoxo. No se toma en consideración que la reseña apareció en *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, revista a la que estaba muy vinculado Juan Goytisolo –uno de los máximos valedores de Puig aun no perteneciendo al jurado del Biblioteca Breve– y con quien Corrales Egea tenía relación estrecha en París. Lo más probable es que a Corrales Egea le enojara la identificación de muchos de sus amigos antifranquistas con las palabras del narrador: “con el tiempo unos quedarían como farsantes y otros como víctimas, la mayoría como imbéciles o como niños, alguno como sensato, ninguno como inteligente, todos como lo que eran: señoritos de mierda” (Marsé, 1966: 236), frase que, por cierto, es una de las que el censor señaló, pero que Marsé dejó sin tocar en su novela. ¿Por qué se quiso tachar esa frase que, evidentemente, desprestigiaba la resistencia contra la dictadura? Eso se debió de preguntar Robles Piquer cuando leyó el manuscrito. La respuesta es, de nuevo, la inveterada tendencia de los censores de a pie por el tabú: por negar determinadas realidades que negaban la unánime paz franquista –como la resistencia universitaria a la dictadura–, independientemente de la versión que se diera, sobre todo si quien lo enunciaba era sospechoso de no contemporizar suficientemente con el régimen.

Sin embargo, lo más relevante del texto de Corrales Egea es la manifiesta suspicacia de que *Últimas tardes con Teresa* había sido autorizada porque servía a ciertos intereses del aparato de propaganda del régimen, dirigido desde el Ministerio de Información y Turismo de Manuel Fraga. La sospecha se corrobora con la documentación del expediente: con Marsé, la censura tuvo manga ancha porque convenía al régimen su relato acerca de la subversión universitaria y también de la burguesía catalana. ¿Una aguda intuición de Corrales Egea? ¿O es que disponía de información de primera mano acerca de las entrevistas y la correspondencia que habían sostenido Marsé y Robles Piquer? Es muy probable que Corrales Egea estuviera utilizando información sobre los encuentros entre escritor y censor y, al no poder o no querer hacerlos explícitos por falta de pruebas, los insinuara en su texto.

En sus entrevistas Marsé ha explicado con frecuencia que su texto no tenía intenciones políticas ni sociales y ha insistido en que es un error interpretar su obra bajo las premisas de la literatura realista social anterior. Sin embargo, toda obra es hija de su tiempo y las lecturas que de *Últimas tardes con Teresa* se podían hacer en un contexto de represión, cárcel y exilio difieren de la apreciación que pueda tener un lector posterior. Si a eso sumamos una historia editorial tan problemática en sus tratos con la censura como la que tuvo este libro, además de otros factores como las tensiones del campo literario español con los escritores latinoamericanos del *boom*, se explica bien la bronca recepción que tuvo la novela.

5. A modo de conclusión

Una de las conclusiones que podemos sacar tras analizar este expediente es que, a la luz de la actitud de Robles Piquer y Fraga, a los rectores de la censura no les importaba demasiado, a la altura de 1965-1966, la rectitud moral del comportamiento de los personajes o de las descripciones del narrador. Tampoco creían ya en una rígida ortodoxia política, sino que, bajo la capa de la heterodoxia, podían hacer uso de su control sobre los discursos públicos como arma para debilitar y dividir al enemigo dando una apariencia de normalización cuasidemocrática y de pluralidad informativa. Fraga y Robles Piquer, a diferencia de la inflexibilidad y estandarización de las prácticas de sus antecesores en el cargo y de muchos lectores rasos del servicio de censura, aplicaron con habilidad altas dosis de gatopardismo –“si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”– y de maquiavelismo –“el fin justifica los medios”– sirviéndose para ello de oportunidades como las que les brindaba *Últimas tardes con Teresa*.

Volvemos a la pregunta que nos hacíamos al comienzo de este artículo: ¿fue relevante la alteración del texto infligida por la censura o, como ha repetido Marsé –y con él algunas investigadoras–, no afectó a la versión final de su novela? Parece que debe descartarse una respuesta categórica y hay que recurrir al matiz: sin necesidad de exagerar la relevancia de las intervenciones censorias, hay que concluir del cotejo de ambas versiones que se produjeron variaciones que dieron lugar a otro texto, reorientaron el objeto y la eficacia de la crítica de su discurso y, consecuentemente, mutaron su significación. Disponemos, en conclusión, de dos textos, dos historias, dos conjuntos de personajes. La particularidad de nuestro caso es que ambos han sido com-

puestos por una misma autoría, si bien la producción del texto B, el que fue publicado, se debió a una actuación institucional en la que participaron tres mediaciones: la necesidad de profesionalización buscada por Juan Marsé, la interferencia estatal a través del aparato censor y el premio Biblioteca Breve y su repercusión pública. Autoría, censura e industria editorial confluyeron, en definitiva, en el paso del texto A al texto B.

Las modificaciones no cambiaron, pero sí intensificaron la intencionalidad que estaba en el origen del texto: describir a ese conjunto de jóvenes banal e inconsciente, entre los que se encuentra Teresa, esa “muchacha de tipo medio, universitaria y sofisticada, con un falso concepto de ciertas realidades” (Marsé en Del Arco, 1965: 31). También es cierto que Marsé pudo salvar la estructura del texto sorteando la inmensa mayoría de modificaciones que los censores habían propuesto inicialmente gracias a la especial benevolencia con la que fue tratado tras la inicial denegación de su solicitud de publicación de la obra, lo cual nos lleva al segundo de los interrogantes que nos planteábamos al comienzo: ¿es legítima esta promiscuidad entre represor –Robles Piquer– y víctima –Marsé–? Si leemos el expediente de la siguiente novela de Marsé, *La oscura historia de la prima Montse*, vemos que la relación entre ambos se fortalece, se pasa al tuteo, se reiteran muestras de afecto y amistad, se intercambian favores –ceranos al tráfico de influencias– y se mencionan encuentros en los que están involucradas las respectivas esposas. No podemos creer en la sinceridad de estos sentimientos por ninguna de las dos partes, por lo que nos inclinamos a pensar en una transacción de favores, en un posibilismo mutuo del que no gozó casi ningún escritor. Gracias a ello, pudo publicar en España estas dos novelas –*Últimas tardes con Teresa* y *La oscura historia de la prima Montse*–, con censuras y autocensuras. Tendría que llegar la redacción de *Si te dicen que caí* y su edición en México para que Marsé se liberara de coacciones, transacciones, posibilismos e inhibiciones verbales.

Queda una última cuestión por resolver. Viendo que no es cierto, como afirmó el propio Marsé a Cristina Suárez Toledano y a María Álvarez Villalobos (2019), que la censura no tuviera incidencia real sobre el texto que él había escrito, ¿por qué su insistencia en que no había sido víctima del lápiz rojo y por qué nunca lo restauró de acuerdo con su voluntad? No pudiendo responder a esta cuestión con pruebas objetivas, dejo la pregunta abierta para la reflexión.

Bibliografía

- Álvarez Villalobos, María & Suárez Toledano, Cristina. 2019. Censura y creación literaria II. Entrevistas a Juan Marsé, Carlos Rojas, Mario Vargas Llosa y José María Vaz de Soto. *Olivar* 19 (30). doi: <https://doi.org/10.24215/18524478e066>
- Becerra Mayor, David. 2013. Estudio preliminar. En López Salinas, Armando. *La mina*. Madrid: Akal, 5-110.
- Corrales Egea, José. 1966. *Últimas tardes con Teresa* o la ocasión perdida. *Cuadernos del Ruedo Ibérico* 9: 108-113.
- Cruz, Juan. 2005 (4 de diciembre). El Pijoaparte sería hoy un inmigrante del Magreb. Entrevista a Juan Marsé. *Babelia* (suplemento de *El País*): 4-5.
- Cuenca, Josep Maria. 2015. *Mientras llega la felicidad. Una biografía de Juan Marsé*. Barcelona: Anagrama.
- Del Arco, Manuel. 1965 (21 de diciembre). Mano a mano. Juan Marsé. *La Vanguardia*: 31.
- Díaz Plaja, Guillermo. 1966 (15 de septiembre). *Últimas tardes con Teresa*. *ABC*: 14.
- Forest, Eva. 2010. *Febrero*. Hondarribia: Hiru.
- Giovannini, Maria Alessandra. 2022. Creación literaria, crítica social y censura bajo el franquismo: el caso de *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé. *Cuadernos AISPI* 19: 87-110.
- Goytisolo, Juan. 1967. Los escritores españoles frente al toro de la censura. En *El furgón de cola*. París: Ruedo Ibérico, 29-36.
- Goytisolo, Juan. 1990 (27 de julio). Manuel Puig. *El País*: 9.
- Larraz, Fernando. 2014. *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*. Gijón: Trea.
- Mandueño, Juan. 1990 (26 de agosto). Juan Marsé: "Cataluña y yo somos esquizofrénicos". *Revista* (suplemento de *La Vanguardia*): 2-3.
- Marsé, Juan. 1966. *Últimas tardes con Teresa*. Barcelona: Seix Barral.
- Marsé, Juan. 1990 (29 de julio). Respuesta a Juan Goytisolo. *El País*: 11.
- Rodríguez Fisher, Ana. 2010. Juan Marsé y la censura franquista. *Cuadernos Hispano-americanos* 721-722: 121-44.
- Santos, Dámaso. 1966 (13 de junio). Tres novelas con premio y una finalista. *Pueblo*: 34.
- Últimas tardes con Teresa* y la censura (s. a.). 2016. En Marsé, Juan. *Últimas tardes con Teresa*. Barcelona: Seix Barral, 457-475.
- Vargas Llosa, Mario. 1966. Una explosión sarcástica en la novela española moderna. *Ínsula* 233: 1 y 12.